

PARA TODOS

La lengua

“La lengua es un miembro pequeño, pero”:

- “se jacta de grandes cosas”
- “es un fuego”
- es “un mundo de maldad”
- “contamina todo el cuerpo”
- “inflama la rueda de la creación”
- “es inflamada por el infierno”
- “ningún hombre puede domar la lengua”
- “es un mal que no puede ser refrenado”
- está “llena de veneno mortal” (Santiago 3:5-8).

“De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así” (cap. 3:10).

“No os quejéis unos contra otros” (cap. 5:9).

¡Qué palabras más solemnes! ¿A quién de nosotros no ha hecho sufrir este “miembro pequeño”? (cap. 3:5). El hecho de haber sufrido quizá nos vuelve más pacientes por un poco de tiempo. Pero, ¡cuán fácilmente volvemos a caer en esta vieja costumbre cuando no prestamos la debida atención!

Si tuviéramos la conciencia de vivir en la presencia de Dios, mediríamos nuestras palabras según Sus pensamientos y no según nuestra defectuosa estimación humana. “Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo” (cap. 3:2).

Que yo sepa, nada puede ser la causa de más sufrimientos en medio del pueblo de Dios que un mal uso de la lengua; no conozco nada que pueda arrastrar tanta bajeza y suciedad, enemistades, discusiones, amargura y tristezas, como ella.

En su Palabra, Dios nos habla de lo que la lengua es capaz de hacer, y este aviso nos basta para estar atentos.

No me refiero a expresiones fuera de lugar, ni de las calumnias evidentes, sino de las pequeñas murmuraciones e insinuaciones, de la repetición inútil de lo que estorba la manifestación del amor en la práctica. “El amor es sufrido”. Todos sabemos que la mala costumbre de criticarse unos a otros es demasiado común. A veces se hace sin pensarlo, pero si es así, que cada uno pueda darse cuenta del mal que ha causado.

Esta costumbre, nefasta para nuestra alma, tiene una influencia lamentable sobre los demás, pues si se permite en la familia, destruye los santos afectos, paraliza inevitablemente a una asamblea y arruina todo el testimonio.

Queridos padres creyentes, ustedes aman al Señor y desean criar a sus hijos en el temor de Dios; ¡destierren completamente las críticas de sus hogares, pues si no lo hacen, éstas harán desaparecer toda la espiritualidad de su casa!

Todos, jóvenes y ancianos, tenemos la misma responsabilidad delante de Dios y los unos para con los otros: reemplacemos las críticas por lo que nos propone Colosenses 3:16-17: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo

todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”.

Sin duda todos hemos experimentado alguna vez, especialmente en un tiempo de prueba, el consuelo que da desahogar nuestro corazón con un amigo, pidiéndole que incluya este asunto en sus oraciones. Esta solicitud puede ser en beneficio propio o a favor de una persona amada, cuyo bien procuramos. Con esto no habrá objeción alguna; pero tales confidencias deberían considerarse sagradas y lo confiado no debería ser divulgado a nadie, sino sólo expuesto ante Dios.

No existe ninguna razón que nos permita revelar las faltas de los demás, excepto para llevarlas delante de Dios de mutuo acuerdo. Si pudiéramos acordarnos de ello, cuántas penas y disgustos nos ahorraríamos.

Pero al permitirnos tales libertades y tolerarlas en los demás sin reprimirlos, manifestamos una gran **falta de amor**. La repetición de estas «pequeñas» cosas es detestable, debilita al alma y no es digna de los que profesan piedad, ya que aviva el mal de nuestros corazones naturales, lastimando a uno y a otro, quitando la paz, el gozo y los frutos benditos del Espíritu, e hiriendo los corazones de aquellos a quienes decimos que amamos.

Siendo llamados a reflejar a Cristo Jesús en un mundo que está pendiente de nuestras debilidades y errores, que está dispuesto a despreciar el nombre de nuestro amado Señor a causa de ellas, examinemos nuestro corazón en la presencia de Dios. Recordemos que “de la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:45); si el corazón no está lleno de Cristo, demos por seguro que no se quedará vacío de cosas dañinas.

Los días son malos y el carácter de la iglesia de Laodicea (Apocalipsis 3:14-17) se hace notar cada vez más. Veamos, pues, para que no perdamos nuestro propio gozo y para no ser piedra de tropiezo a los más débiles.

* * * * *

“Yo dije: Atenderé a mis caminos,
Para no pecar con mi lengua;
Guardaré mi boca con freno,
En tanto que el impío esté delante de mí”.
(Salmo 39:1)

“Ninguna palabra corrompida salga
de vuestra boca, sino la que sea buena
para la necesaria edificación,
a fin de dar gracia a los oyentes”.
(Efesios 4:29)

“La lengua apacible es árbol de vida”.
(Proverbios 15:4)

“Del hombre son las disposiciones del corazón;
Mas del Señor es la respuesta de la lengua”.
(Proverbios 16:1)

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).